

**BENDICIÓN DE LA RESTAURACIÓN DEL TEMPLO DE SAN PEDRO EN
ALMENDRAL
(28 DE JUNIO DE 2026)**

Querido Don José Juan, Vicario episcopal; querido Don José Jimenez, párroco de esta parroquia; Sr. Representante de la Junta; Sr. Alcalde y demás autoridades; hermanos y hermanas: autoridades y todos los vecinos de este pueblo de Almendral: ¡El Señor os dé la paz!

Celebramos hoy la solemnidad de los santos Pedro y Pablo. Dos Apóstoles enamorados de Jesús, dos columnas de la Iglesia. Y mientras contemplamos sus vidas, el Evangelio de hoy presenta la pregunta que Jesús hace a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que soy? (Mt 16, 15). Hoy esa misma pregunta se nos hace a nosotros que nos confesamos discípulos del Señor: ¿Quién es Jesús para mí? ¿Quién es Jesús en mi vida? La respuesta que da Pedro en nombre de los demás discípulos es “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). La respuesta de Pedro es una hermosa profesión de fe y al mismo tiempo es una respuesta impecable, precisa, podríamos decir que es una perfecta respuesta de “catecismo”. Pero esa respuesta es fruto de un camino. Sólo después de haber vivido la fascinante aventura de seguir al Señor, después de haber caminado con Él y en pos de Él durante tanto tiempo, Pedro llega a esa madurez espiritual que lo lleva, por gracia, a una profesión de fe tan lúcida.

De hecho, el mismo evangelista Mateo nos cuenta que todo empezó un día en que, a orillas del mar de Galilea, Jesús pasó por allí y lo llamó, junto con su hermano Andrés, e “inmediatamente, ellos dejaron las redes y lo siguieron” (Mt 4, 20). Pedro lo dejó todo para seguir al Señor. Y el Evangelio subraya que lo hizo “inmediatamente”. Pedro no le dijo a Jesús que se lo pensaría, no hizo cálculos para ver si le convenía, no puso excusas para demorar la decisión, sino que dejó las redes y lo siguió, sin pedir de antemano ninguna seguridad. Todo lo iría descubriendo día a día, al seguir a Jesús y caminar tras Él. Y no es casualidad que las últimas palabras que Jesús le dirige en los Evangelios sean: “Tú sígueme” (Jn 21,22), es decir una invitación al discipulado.

Pedro, por tanto, nos dice que a la pregunta “¿quién es Jesús para mí?” no basta responder con una fórmula doctrinal impecable, ni siquiera con una idea que nos hayamos construido de una vez por todas. No. Es siguiendo al Señor como aprendemos a conocerlo cada día; es haciéndonos sus discípulos y acogiendo su Palabra la manera en que nos convertimos en sus amigos y experimentamos su amor transformador. Ese “inmediatamente” resuena también para nosotros: si podemos posponer tantas cosas en la vida, el seguimiento de Jesús es inaplazable; ahí no podemos dudar, no podemos poner excusas. Y cuidado, porque algunas excusas se disfrazan de espiritualidad, como cuando decimos “no soy digno”, “no soy capaz”, “¿qué puedo hacer yo?”. Esto es un truco del demonio, que nos roba la confianza en la gracia de Dios, haciéndonos creer que todo depende de nuestras capacidades.

Esta importante celebración de la solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo coincide con la reapertura y bendición de las obras realizadas en este hermoso

templo dedicado a San Pedro Apóstol en Almendral, construido principalmente en el siglo XVI, aunque algunos elementos hayan podido empezar hacia finales del siglo XV. Gracias a cuantos habéis hecho posible esta restauración que hace que este templo, de estilo gótico-renacentista, vuelva a su hermosura original: Junta de Extremadura, Ayuntamiento de Badajoz, y pueblo fiel de esta parroquia, que unidos al Arzobispado, hemos hecho posible que hoy podamos contemplar un templo renovado, más bello y mejor conservado para las generaciones futuras.

Conservar el patrimonio es un deber de gratitud para quienes nos precedieron. Ellos edificaron este templo con sacrificio, sabiendo que era la casa de Dios y el corazón del pueblo. Nosotros recibimos esa herencia y tenemos la responsabilidad de trasmitirla a quienes vendrán después.

Pero la repuesta de Jesús a la confesión de Pedro. “Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18), nos hace ver que la Iglesia no es únicamente un edificio. Antes que un templo de piedra, la Iglesia es un pueblo de creyentes. Los bautizados somos, reunidos en el nombre del Señor, las piedras vivas con las que Dios sigue construyendo su Iglesia.

Sería una contradicción cuidar con esmero las piedras de este templo y descuidar las personas que formamos la Iglesia. El verdadero patrimonio de una parroquia no son solo sus retablos, sus imágenes o sus muros centenarios; es la fe de su pueblo, la celebración de los sacramentos, la caridad compartida y la esperanza que nunca se apaga.

Por eso hoy estamos llamados a preguntarnos ¿Cómo está el templo espiritual que formamos todos los bautizados? Seguramente que todos nosotros necesitamos crecer en la fe, en la esperanza y en la caridad. Necesitamos que nuestras familias, nuestras relaciones, nuestra vida de oración, nuestro compromiso con los pobres, sean reconstruidas.

Hermanos y hermanas, celebremos a Pedro y a Pablo. Ellos respondieron a la pregunta fundamental de la vida “¿quién es Jesús para mí?”, viviendo el seguimiento y anunciando el Evangelio. Es hermoso si crecemos como Iglesia del seguimiento, como Iglesia humilde que nunca da por sentado la búsqueda del Señor. Es hermoso si nos convertimos en una Iglesia en salida, que no encuentra su alegría en las cosas del mundo, sino en anunciar el Evangelio al mundo, para sembrar la pregunta sobre Dios en el corazón de las personas. Llevar al Señor Jesús a todas partes, con humildad y alegría: nuestra parroquia, en nuestras familias, en las relaciones y en los barrios, en la sociedad civil, en la Iglesia, en la política, en el mundo entero, especialmente allí donde anidan la pobreza, la degradación y la marginación.

La restauración de este templo que hoy bendecimos nos recuerda algo muy importante: Que Dios puede restaurar nuestro corazón. Él nunca se cansa de reconstruir lo que el tiempo, el pecado o el desánimo han deteriorado. Así como restauró a Pedro de su negación en la noche de su pasión; así como como estas paredes han recuperado su belleza original, también nuestras vidas pueden renovarse por la gracia de Dios.

Pidamos al Señor que por intercesión de las Santísima Virgen, aquí venerada como patrona bajo la advocación de *Finibus Terrae*; de San Pedro, titular de la que fue la primera parroquia de este pueblo, y de san Mauro, cuyas reliquias custodiáis como un verdadero tesoro, esta parroquia sea una realidad viva, unida y misionera; una comunidad que acoge, reza, celebra y ama. Que cada piedra restaurada nos recuerde nuestra vocación de ser piedras vivas del edificio espiritual que es la Iglesia. *Fiat, fiat, amen, amen.*